

CHARLOTTE PERKINS GILMAN

**EL PAÍS DE LAS MUJERES**



## CAPÍTULO I

### UNA EMPRESA BASTANTE NATURAL

Estas líneas están escritas de memoria, por desgracia. Si pudiera haber traído conmigo el material que preparé con tanto esmero, esta sería una historia muy distinta. Libros enteros llenos de notas, apuntes copiados cuidadosamente, descripciones de primera mano, y las fotografías... esa es la peor pérdida. Teníamos panorámicas de las ciudades y parques; multitud de vistas preciosas de calles, de edificios, por dentro y por fuera, de algunos de aquellos hermosos jardines y, lo más importante de todo, de las mujeres mismas.

Nadie creará jamás el aspecto que mostraban. Las descripciones no son nada buenas en lo que se refiere a las mujeres y, de todas formas, yo nunca fui bueno describiendo. Pero hay que hacerlo de alguna manera; el resto del mundo necesita saber de ese país.

No he mencionado dónde se encuentra por miedo a que algún autoproclamado misionero, o comerciante, o expansionista codicioso de tierras proceda a entrometerse. No será bienvenido, eso puedo decírselo, y le irá peor que a nosotros si lo encuentra.

Comenzó así. Éramos tres, compañeros de clase y amigos: Terry O. Nicholson (solíamos llamarlo el Viejo Diablo, con razón), Jeff Margrave y yo, Vandyck Jennings.

Nos conocíamos desde hacía años y años, y a pesar de nuestras diferencias teníamos mucho en común. A todos nosotros nos interesaba la ciencia.

Terry era lo bastante rico para hacer lo que quisiera. Su gran meta era la exploración. Solía poner el grito en el cielo porque ya no quedaba nada que explorar, solo retazos y relleno, decía. Y sabía bastante: tenía muchos talentos y era genial con la mecánica y la

electricidad. Poseía todo tipo de barcos y automóviles y era uno de nuestros mejores aviadores.

Nunca podríamos haber hecho esto sin Terry.

Jeff Margrave nació para ser poeta, botánico, o ambas cosas; sin embargo, su familia lo convenció de que fuera médico. Era bueno para su edad, pero su interés real estribaba en lo que le encantaba llamar «las maravillas de la ciencia».

En cuanto a mí, la sociología es lo mío. Hay que respaldarla con muchas otras ciencias, por supuesto. Estoy interesado en todas ellas.

Terry era excelente con los hechos: geografía, meteorología y materias así; Jeff podía ganarlo cuando quisiera en biología, y a mí no me importaba de qué hablaran, siempre que estuviera conectado con la vida humana de alguna manera. Hay pocas cosas que no lo estén.

Los tres tuvimos la oportunidad de unirnos a una gran expedición científica. Necesitaban a un médico, lo cual proporcionó a Jeff una excusa para dejar su recién inaugurada consulta; necesitaban la experiencia de Terry, su avioneta y su dinero; y en cuanto a mí, entré gracias a la influencia de Terry.

La expedición consistía en ascender por los mil afluentes y las enormes tierras interiores de un gran río hasta su nacimiento, donde había que confeccionar mapas, estudiar dialectos salvajes y catalogar toda clase extraña de flora y fauna.

Pero esta historia no trata de aquella expedición. Para nosotros eso fue solo el comienzo.

La charla entre nuestros guías fue lo primero que despertó mi interés. Soy rápido con los idiomas, sé unos cuantos y los capto con facilidad. Entre eso y un intérprete realmente bueno que viajaba con nosotros recopilé unas pocas leyendas y mitos populares de esas tribus dispersas.

Y a medida que avanzábamos más y más corriente arriba, en una oscura maraña de ríos, lagos, pantanos y densos bosques, con un largo espolón inesperado que de vez en cuando salía de las grandes montañas a lo lejos, me di cuenta de que cada vez eran más numerosos los salvajes que contaban una historia sobre un extraño y terrible «País de Mujeres» en la distancia.

«Allí arriba», «por ahí», «subiendo» eran todas las indicaciones que podían ofrecer, pero sus leyendas concordaban todas ellas en lo principal: que existía una tierra extraña donde no vivía hombre alguno, solo mujeres y niñas.

Ninguno de ellos la había visto jamás. Era peligroso, mortal, decían, que un hombre fuera allí. Pero había historias de tiempo atrás, cuando un valiente investigador la había visto: un Gran Territorio, Grandes Casas, Multitud de Gente... Todo Mujeres.

¿No había ido nadie más? Sí. Muchos. Pero nunca volvieron. No era lugar para hombres: de eso parecían estar seguros.

Contaba a los muchachos estas historias y se reían de ellas. Naturalmente, yo mismo lo hacía. Conocía el material del que están hechos los sueños salvajes.

Pero cuando llegamos al punto más lejano, justo el día antes de que tuviéramos que darnos la vuelta y regresar de nuevo a casa, como incluso las mejores expediciones han de hacer con el tiempo, los tres realizamos un descubrimiento.

El campamento principal se encontraba en una lengua de tierra que se adentraba en el arroyo principal, o en lo que creíamos que era el arroyo principal. Tenía el mismo color turbio y el mismo sabor que habíamos percibido durante semanas.

Me dio por hablar de ese río a nuestro último guía, un tipo algo altanero con ojos agudos y brillantes.

Me contó que había otro río, «por allí, río corto, agua dulce, rojo y azul».

Estaba interesado y ansioso por ver si le había entendido, así que le mostré un lapicero rojo y azul que llevaba y pregunté de nuevo.

Sí, señaló al río, y luego hacia el suroeste. «Río, buena agua, rojo y azul».

Terry estaba cerca y se interesó por las señales del hombre.

—¿Qué dice, Van?

Se lo conté.

Terry se iluminó de inmediato.

—Pregúntale a qué distancia está.

El hombre indicó un corto trayecto; estimé unas dos horas, quizás tres.

—Vayamos —instó Terry—. Solo nosotros tres y un guía. Quizás podamos encontrar algo. Quizás haya cinabrio ahí.

—Quizás índigo —sugirió Jeff, con su sonrisa relajada.

Era temprano todavía; acabábamos de desayunar; tras dejar dicho que volveríamos antes de la noche, nos escapamos silenciosamente, sin querer que se nos considerara demasiado crédulos si fracasábamos y con la esperanza secreta de realizar algún pequeño descubrimiento por nosotros mismos.

Fueron dos horas largas, más bien tres. Me imagino que el salvaje podría haberlo hecho mucho más rápido solo. Había tal tremenda maraña de follaje, agua y terreno cenagoso que solos nunca habríamos encontrado la manera de cruzar. Pero había una forma y podía ver a Terry, con brújula y cuaderno, marcando direcciones e intentando situar mojones.

Llegamos al rato a una especie de lago pantanoso, muy grande, tanto que el bosque de alrededor parecía bastante bajo y tenue en comparación con él. Nuestro guía nos contó que los barcos podían ir desde allí hasta nuestro campamento, pero «largo camino: todo el día».

El agua era algo más clara que la que acabábamos de dejar, pero no podíamos juzgar bien desde el margen. Lo bordeamos durante otra media hora o así, el suelo se volvía más firme a medida que avanzábamos, y al rato doblamos la esquina de un promontorio arbolado y vimos un terreno bastante diferente: una vista repentina de montañas, empinadas y peladas.

—Uno de esos largos espolones del este —dijo Terry con tono evaluativo— puede estar a cientos de kilómetros de la cadena montañosa. Afloran así.

De repente dejamos el lago y fuimos a dar directamente a los acantilados. Oímos agua que corría antes de llegar a él y el guía señaló con orgullo su río.

Era estrecho. Podíamos ver dónde caía, en forma de una angosta catarata vertical, desde una abertura en la cara del acantilado. Era agua dulce. El guía bebió con avidez, y también nosotros.

—Es agua de nieve —anunció Terry—. Debe de venir de muy lejos de las colinas.

Pero respecto a ser roja y azul... era de un tono verdoso. El guía

no parecía para nada sorprendido. Reconoció un rato los alrededores y nos mostró una charca marginal donde había manchas de rojo por el borde; sí, y de azul.

Terry sacó su lupa y se agachó para inspeccionar.

—Sustancias químicas de algún tipo... no puedo precisar ahora mismo. Me parecen tintes. Acerquémonos —instó—, allá arriba, junto a la catarata.

Ascendimos por los escarpados bancos y nos acercamos a la charca que hacía espuma y burbujeaba bajo el agua que caía. Analizamos el borde y descubrimos rastros de color, sin duda alguna. Es más: de repente Jeff levantó un trofeo inesperado.

Era solo un trapo, un fragmento de tela largo, enroscado. Pero estaba bien tejido, con un patrón, y era de un escarlata claro que el agua no había difuminado. Ninguna tribu salvaje de la que hubiéramos oído hacía tales tejidos.

El guía permaneció sereno en la orilla, encantado con nuestra emoción.

—Un día azul, un día rojo, un día verde —nos contó, y sacó de su morral otra tira de tela de un color brillante.

—Bajad —dijo, señalando a la catarata—. *El País de las Mujeres*, ahí arriba.

Así captó nuestro interés. Descansamos y comimos justo ahí y asediamos al hombre para sacarle más información. Solo podía decirnos lo que los demás ya habían dicho: una tierra de mujeres, sin hombres; bebés, pero todas niñas. No era un lugar para hombres: peligroso. Algunos habían ido a ver: ninguno había vuelto.

Vi cómo Terry movía la mandíbula con determinación al oírlo. ¿No era lugar para hombres? ¿Peligroso? Parecía que fuera a trepar la catarata de inmediato. Pero el guía no quería subir, incluso si hubiera habido algún método posible de escalar el empinadísimo precipicio, y teníamos que regresar al grupo antes de la noche.

—Puede que se queden si se lo contamos —sugerí.

Pero Terry se paró en seco. —Mirad, muchachos —dijo—. Este es nuestro descubrimiento. No se lo digamos a esos vetustos profesores engreídos. Vayamos a casa con ellos y luego regresemos, solo nosotros. Hagamos una pequeña expedición propia.

Lo miramos muy impresionados. Para unos jóvenes sin responsabilidades había algo atractivo en la idea de encontrar una tierra virgen de una naturaleza completamente amazónica.

Por supuesto que no nos creíamos la historia, ¡pero aun así...!

—Ninguna de estas tribus locales hace una tela similar —anuncié, examinando aquellos harapos con gran cuidado—. En alguna parte ahí arriba hilan, tejen y tiñen. Tan bien como nosotros.

—Eso implicaría un nivel de civilización considerable, Van. No puede haber un lugar así del que todavía no se sepa.

—Bueno, no sé. ¿Y esa vieja república en alguna parte de los Pirineos? ¿Andorra? Muy poquita gente sabe algo de ella y ha estado a lo suyo mil años. Luego está Montenegro, ese espléndido y pequeño estado: podrías perderte una docena de Montenegros subiendo y bajando estas enormes cordilleras.

Lo hablamos acaloradamente todo el camino de vuelta al campamento. Lo hablamos con cuidado y privacidad en la travesía a casa. Lo hablamos después, aún solo entre nosotros, mientras Terry realizaba los preparativos.

Se lo tomaba muy en serio. Suerte que tuviera tanto dinero: puede que hubiéramos tenido que mendigar y publicitarlo durante años para ponerlo en marcha, y entonces habría sido una cuestión de entretenimiento público, solo carnaza para los periódicos.

Pero T.O. Nicholson podía poner a punto su gigantesco yate, cargar a bordo la gran lancha motora fabricada de forma exclusiva y meter un biplano «desarmado» sin más atención que unas líneas en la columna de sociedad.

Contábamos con provisiones, medicamentos y todo tipo de víveres. Su experiencia anterior le fue muy útil en esto. Se trataba de un equipo muy completo.

Atacaríamos el yate en el puerto seguro más cercano y subiríamos ese río interminable en la lancha, solo nosotros tres y un piloto; cuando llegáramos al punto donde nos habíamos detenido en la expedición anterior dejaríamos al piloto y buscaríamos el arroyo de agua clara por nuestros propios medios. Fondearíamos la lancha en aquel lago extenso y poco profundo. Tenía una cubierta especial de coraza hecha a medida, delgada pero fuerte, cerrada cual concha.

—Esos nativos no pueden entrar, o dañarla, o moverla —explicó Terry con orgullo—. Arrancaremos el aeroplano desde el lago y dejaremos el barco como base a la que volver.

—Si volvemos —dejé caer jovialmente.

—¿Asustado de que te coman las damas? —se mofó.

—No estamos muy seguros de lo de las damas, la verdad —dijo Jeff con cansancio—. Puede que haya un contingente de caballeros con flechas envenenadas o algo por el estilo.

—No tienes por qué ir si no quieres —observó Terry con tono seco.

—¿Ir? ¡Tendréis que conseguir una orden judicial para detenerme! —Tanto Terry como yo estábamos seguros de eso.

Pero sí tuvimos nuestras diferencias de opinión, que eran enormes.

Una travesía oceánica es una ocasión excelente para discutir. Ahora no teníamos fisgones, podíamos recostarnos y holgazanear en las tumbonas y hablar y hablar. No había nada más que hacer. La falta absoluta de hechos reales solo ampliaba el campo de debate.

—Dejaré los papeles con el cónsul de donde se quede el barco —planeó Terry—. Si no volvemos en... digamos, un mes, pueden mandar a un equipo de auxilio a por nosotros.

—Una expedición punitiva —abogué—. Si las damas acaban comiéndonos, deberíamos tomar represalias.

—Pueden localizar nuestra última parada con bastante facilidad, y he confeccionado una especie de mapa de ese lago, con el acantilado y la catarata.

—Sí, pero ¿cómo subirán? —preguntó Jeff.

—Igual que nosotros, por supuesto. Si tres valiosos ciudadanos estadounidenses se pierden allí arriba, nos seguirán de alguna manera, por no decir nada de las relucientes atracciones de esa bella tierra... llamémosla «Feminisia» —soltó.

—Tienes razón, Terry. Una vez se difunda la historia, el río hervirá de expediciones y las aeronaves lo sobrevolarán cual enjambre de mosquitos—. Reí al pensarlo. —Hemos cometido un grave error al no dejar entrar en esto a Mr. Prensa Amarilla. ¡Sálvennos! ¡Menudos titulares!

—¡Tampoco exageremos! —dijo Terry con gravedad—. Es nuestro grupo. Vamos a encontrar ese lugar nosotros solos.

—¿Qué harás cuando lo encuentres, si lo encuentras? —preguntó Jeff con suavidad.

Jeff era un alma tierna. Creo que pensaba que esa tierra —si existía— florecía con rosas y bebés, canarios y orden, y todo así.

Y Terry, en secreto, se imaginaba una especie de balneario, veraniego y sublimado: solo Chicas y Chicas y Chicas, y que él se encontraría... bueno, Terry era popular entre las mujeres incluso cuando había otros hombres alrededor, y no es de extrañar que tuviera sueños agradables sobre lo que podría pasar. Lo veía en sus ojos cuando yacía tirado en la hamaca, alisándose su impresionante bigote, mientras miraba cómo pasaban las grandes olas azules.

Pero pensé entonces que podía formarme una idea mucho más clara de lo que había frente a nosotros que cualquiera de ellos.

—Estáis todos muy perdidos, chicos —insistí—. Si existe un sitio así, y parece haber cierto fundamento para creerlo, descubriréis que está construido sobre alguna especie de principio matriarcal, eso es todo. Los hombres disponen de un culto propio separado, menos desarrollado socialmente que el de las mujeres, y les hacen una visita anual, algo así como una visita matrimonial. Se trata de una condición que se sabe que existió, y esto solo es un vestigio. Ahí arriba tienen algún valle o meseta particularmente aislada y sus costumbres primitivas han sobrevivido. Eso es todo.

—¿Y los niños? —preguntó Jeff.

—Ah, pues los hombres se los llevan en cuanto tienen cinco o seis años, ya ves.

—¿Y esta teoría del peligro de la que todos los guías estaban tan seguros?

—Existe el suficiente peligro, Terry, y tendremos que tener mucho cuidado. Las mujeres en ese estadio de cultura son muy capaces de defenderse y no reciben con los brazos abiertos a visitantes fuera de temporada.

Hablamos y hablamos.

Y con todos mis aires de superioridad sociológica no estaba más cerca de la realidad que ninguno de ellos.

No obstante, a la luz de lo que más tarde nos encontramos eran divertidas esas ideas nuestras extremadamente claras respecto de cómo

sería una tierra de mujeres. No servía de nada decirnos a nosotros mismos y los unos a los otros que todo era una vaga especulación. Vagueábamos y especulábamos, en la travesía oceánica y también en la fluvial.

—Admitiendo la improbabilidad —comenzábamos solemnemente, y entonces nos lanzábamos de nuevo.

—Lucharían entre ellas —insistía Terry—. Las mujeres siempre lo hacen. No debemos esperar encontrar ningún tipo de orden y organización.

—Estás muy equivocado —le decía Jeff—. Será como un convento bajo la autoridad de una abadesa: una hermandad pacífica, armoniosa.

Yo bufaba de mofa ante tal idea.

—¡Monjas, claro! Tus hermandades pacíficas son todas célibes, Jeff, y bajo votos de obediencia. Estas son solo mujeres, y madres, y donde hay maternidad no encuentras hermandad. No mucha.

—No señor, reñirán —convino Terry—. Tampoco debemos esperar invenciones y progreso; será terriblemente primitivo.

—¿Y qué hay de esa fábrica de tejidos? —sugirió Jeff.

—¡Bah, tejidos! Las mujeres siempre han sido hiladoras. Pero eso es todo, ya lo verás.

Bromeábamos con Terry sobre su modesta impresión de que se le acogería cálidamente, pero se mantenía en sus trece.

—Ya lo verás —insistía—. Me llevaré bien con todas ellas y enfrentaré a un grupo con otro. ¡Haré que me elijan rey en nada de tiempo, vaya! ¡Salomón tendrá que ocupar el puesto de segundón!

—¿Y qué pasa con nosotros en ese acuerdo? —exigí saber—. ¿Seremos visires o algo?

—No puedo arriesgarme —afirmó solemnemente—. Podríais empezar una revolución: con seguridad lo haríais. No, os decapitarán, o bien os darán garrote..., o el que sea el modo de ejecución más popular.

—Tendrás que hacerlo por ti mismo, recuerda —sonrió Jeff—. ¡Nada de fornidos esclavos negros ni de mamelucos! Y seríamos dos contra uno, ¿eh, Van?

Las ideas de Jeff y de Terry estaban tan alejadas que a veces eso era todo cuanto podía hacer por mantener la paz entre ellos. Jeff